

mundo gráfico



Miércoles, 14 de Abril de 1937

AÑO XXVII
Número 1328
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



La adhesión de Valencia a Madrid

En la huerta levantina se trabaja intensamente para acelerar el ritmo de la ayuda a la capital de España

(Fot. Vidal Corella)

Una misma fecha en siete años distintos

CÓMO HA VIVIDO ESPAÑA EL 14 DE ABRIL DESDE 1931 HASTA HOY

ESPAÑA llega por séptima vez, desde 1931, a su histórica fecha del 14 de Abril, que marcó un rumbo nuevo al destino de la nación. A lo largo de esos seis años, el país ha vivido horas profundas, cargadas de responsabilidad. De 1931 a hoy, España ha pasado desde unas elecciones a una trágica discordia interior. ¿Cómo fué, en esos varios años, la fecha que hoy se alza en el recuerdo con luz de aniversario? ¿Cómo fué el 14 de Abril desde aquella tarde luminosa en que la Puerta del Sol se congestionó de público, que cantaba y gritaba como en una embriaguez de esperanza?

1931

La estampa de aquel primer 14 de Abril está muy cerca todavía. El clamor popular, el Consejo en Palacio, la multitud llenando las calles con júbilo de fiesta. Y aquel forcejeo entre Romanones y Alcalá Zamora, en la casa del doctor Marañón, sobre la marcha del rey. Lazos tricolores, banderas en el viento limpio de la tarde de primavera. Al atardecer, en la neblina de la hora, en la fatiga del día, la emoción del camino nuevo que España empieza a recorrer. Miguel Maura, en Gobernación, entre los vítores febriles de la muchedumbre. La República.

1932

El primer aniversario. Alcalá Zamora ha pasado a ser Presidente de la República. El presidente del Consejo es Azaña, tras la primera crisis del nuevo régimen.

Hay un desfile militar en la Castellana, con intervención de nueve mil hombres. Hay una fiesta de Aviación en Barajas y otra musical en la Plaza de Toros, y fuegos artificiales, y un banquete diplomático en El Pardo, y otro en la Presidencia del Consejo, ofrecido por Azaña. Recepciones, conciertos, festejos populares.

Unamuno habla a los estudiantes en Salamanca: palabras de fe ilusionada en el nuevo régimen, fusión de la República con España.

En el local social del Partido Radical, Lerroux, que no es ya ministro, pronuncia un discurso en el que dice: «Las cosas se ponen de tal manera, que la opinión hará que vengan a buscarnos los mismos que hoy tienen el Poder.»

Y Marañón publica un artículo, cuyo final es éste: «¡Cuánto, cuánto queda por hacer! Pero el trance duro ha pasado ya. Seguirá la inquietud fecunda—no la tris-

teza—que ha entonado y hecho revivir el pulso desmayado de los españoles. Pero España está ya en Franquía, y el timón de su nave, en manos iluminadas y seguras. La República no puede ser en adelante un tema de controversias pueblerinas. Es un hecho consumado, desagradable para unos, agradable para otros; pero engranado definitivamente en la estructura de la Historia Universal»

1933

El segundo aniversario coincide con la fiesta religiosa del Viernes Santo. El jefe del Gobierno sigue siendo Azaña, con Casares Quiroga en Gobernación.

Se concede la banda de la República a Ramón y Cajal y Menéndez Pidal. Alcalá Zamora inaugura Grupos escolares. Hay desfiles, banquetes e iluminaciones. Al día siguiente se celebra una fiesta militar en el aeródromo de Barajas. La fiesta se tiñe de luto. Un avión cae sobre una casa; muere carbonizado el observador, y tres mujeres que estaban en aquella casa mueren también. Otro avión sufre un accidente, que le cuesta la vida al piloto.

1934

Ha cambiado el signo político. Las elecciones de Noviembre del año último han dado el Poder a Lerroux, que tiene a Salazar Alonso en el Ministerio de la Gobernación. Están abiertas las Cortes: el día 13, precisamente, ha habido un agitado debate político con motivo de unas palabras pronunciadas desde el bando azul por Álvarez Valdés, ministro de Justicia. Habrá, con ese motivo, dimisión en cuanto pasen las fiestas conmemorativas de la República.

Hay una gran fiesta musical en el Monumental Cinema. Hay cabalgata, discursos, recepciones. No se autoriza la radiación de los discursos que van a pronunciar, con motivo del aniversario, Azaña, Casares Quiroga y Marcelino Domingo.

El mismo día 14 aparece en un torreón del Palacio de Comunicaciones una bandera tricolor a media asta y con crespones negros. No se advirtió desde dentro el hecho hasta bastante después de la colocación de la bandera. Se quitó, naturalmente, y se inició un expediente contra los que hubieran podido ser autores del hecho.

Estampa de la Puerta del Sol en la tarde del 14 de Abril de 1931

En un periódico de Barcelona se publica una encuesta, con contestaciones a la pregunta siguiente: «¿Cómo ve usted la República en su tercer aniversario?»

He aquí la respuesta de Azaña: «Que la República ha caído en un barranco nadie podría negarlo. Hay motivos sobrados para decir que la República, lejos de esforzarse por seguir adelante, venciendo el atasco, retrocede.»

Y he aquí la respuesta de Prieto: «Sería ceguera negar que la República, al cumplir su tercer aniversario, aparece gravemente quebrantada. No es que con esto pretenda yo deducir que existe el peligro de restauración monárquica; mas, ¿qué importa su inexistencia si advertimos cómo la República se deshace o se esfuma?»

1935

Sigue Lerroux en el Gobierno, tras el movimiento revolucionario de Octubre. A partir del nuevo 14 de Abril—cuarto aniversario de la República—se sustituye el estado de guerra por el de alarma. Es nombrado Unamuno Ciudadano de Honor. Hay mucha gente en las cárceles a consecuencia de Octubre. Entre ellos, los hombres de la Generalidad, que están en la Modelo de Madrid.

Hay varias fiestas; entre ellas, una cena, una recepción y un baile en el Ministerio de Estado, donde Rocha atiende a damas, ministros y diplomáticos.

Al día siguiente, una gran fiesta de homenaje al Ejército, en la Castellana. El Presidente de la República—Alcalá Zamora, todavía—condecora a López Ochoa y a Batet. «Señor general López Ochoa—dijo don Niceto—, en nombre de la Patria, os concedo e impongo la banda y cruz laureada de San Fernando por vuestro heroico y viril comportamiento frente al enemigo.»

1936

Ha habido elecciones en Febrero, y Azaña está otra vez en el Poder. Alcalá Zamora ha sido sustituido, y ahora, accidentalmente, el jefe del Estado es don Diego Martínez Barrio. Hay Cortes. Se acerca ya el día en que será elegido el nuevo Presidente de la República.

Se inauguran nuevos Grupos escolares. Hay banquetes y funciones de gala. En el Gobierno están ahora Casares. Ruiz Funes, Amós Salvador, Ramos, Giral, Gabriel Franco... En el desfile militar de la Castellana hay unos incidentes que causan gran alarma. Suenan tiros. Cae muerto el alférez de la Guardia Civil Anastasio de los Reyes. Hay heridos y detenidos. Es éste uno de los primeros hechos de la tormenta que se está gestando. Dos días después, en el entierro del alférez, habrá también sucesos. En ellos verá Indalecio Prieto, con su aguda visión política de siempre, el punto de partida para el drama que empezará tres meses después.

1937

España, en la hora más trágica de su Historia. Casi ya nueve meses de guerra civil. Fuego y luto en campos y en hogares. Un 14 de Abril teñido de sangre.



Aniversario

14 de Abril 1931-1937

Ayer y hoy de los hombres que trajeron la República



Un documento gráfico del 14 de Abril: Don Manuel Azaña, que es ya desde ese día ministro de la Guerra, llega a casa de Miguel Maura para reunirse con sus compañeros de Gobierno Provisional

A los seis años

Se cumplen los seis años de aquel jubiloso nacimiento de la República. Sol de primavera, tardes claras, clamor popular... El 14 de Abril irá unido siempre en el recuerdo a una tarde luminosa, en que todo tenía una alegría de promesa. El sexto aniversario de la fecha coge a España viviendo las horas más trágicas de su Historia.

Nació el 14 de Abril de un conjunto de sentimientos distintos y de distintas reacciones. Hombres de muy diferente condición política se unieron en el mismo deseo unánime de traer a España la República. Eran los que la habían sentido de siempre como un ideal que tardaba en hacerse realidad. Y eran los que la sentían ahora como una protesta contra la Dictadura. Y los caudillos obreros que veían en el nuevo régimen el camino mejor para el logro de las aspiraciones proletarias. Y los militares que se habían rebelado contra la Monarquía. Y los ex-patriados. Y los perseguidos. Y los intelectuales...

De todos estos hombres distintos que trajeron el 14 de Abril, ¿qué ha pasado a los seis años de aquella fecha? España ha vivido desde entonces muchas cosas graves y ha sentido sobre su carne y su alma muchas heridas, para que aquellos hombres estén donde estaban. Sobre ellos ha operado también el viento infatigable de los días—tesón, rectificación, olvido, muerte...—, y muchos de ellos no son ya lo que fueron entonces.

Los que están en su sitio

Los hay que siguen en las mismas líneas de entonces, aunque con entorchados distintos. Largo Caballero, primer ministro de Trabajo de la República—había salido muy poco antes de la cárcel—, es hoy el presidente del Consejo, tras haber pasado, otra vez, por la prisión, en 1934. Aquel ateneísta cuyo nombre en la cartera de Guerra causó asombro a tantos, es ahora el presidente de la República, después de haber pasado, también a raíz de Octubre, horas de prisión en un barco.

Otros siguen, como entonces, políticamente, en activo, aunque hayan cambiado los puestos: Prieto, Araquistain, Vayo, Martínez Barrio... La fe y la línea de entonces se mantienen en ellos. Con los cambios que el pasar del tiempo ha determinado, ellos siguen—salvo apreciaciones de matiz que en nada alteran lo fundamental—estando donde estaban.

Los ausentes

Son muchos los ausentes, por motivos distintos. Lerroux, primer ministro de Estado de la República, está ahora en Portugal, y frecuentemente expresa su simpatía por el movimiento.

Alcalá Zamora, primer presidente del Consejo del nuevo régimen, vive en París. Todos los honores cayeron sobre él, para verse después envuelto en todas las diatribas. Presidente de la República, fué destituido en pleno Parlamento. Conocida es su posición actual en cuanto a la hora que vive España.

Hay otros ausentes. Miguel Maura, por ejemplo. Fué uno de los que con más decidido entusiasmo, con ímpetu más enérgico y optimista, contribuyeron al nacimiento del 14 de Abril. El entró en Gobernación aquella luminosa tarde madrileña, y él dictó las primeras medidas de la República, desde su despacho de la Puerta del Sol. Ahora vive en París, silenciosamente, obscuramente.

Otros muchos viven también fuera de España, en puestos o misiones oficiales, sin sentir de cerca el drama que pesa sobre nosotros: Ossorio y Gallardo, Fernando de los Ríos, Marcelino Domingo... De un modo o de otro, ellos colaboraron también en la creación de la nueva etapa de vida española que empezó el 14 de Abril.

Los rebeldes

Los hay que habiendo contribuido al nacimiento de aquella fecha están ahora en el otro campo de la lucha. Queipo de Llano y Ramón Franco, por ejemplo, tuvieron

una importante intervención en el movimiento revolucionario de Diciembre de 1930, antecedente eficazísimo del triunfo de Abril. Apenas instaurada la República, Queipo fué el capitán general de Madrid, y Ramón Franco, el director general de Aeronáutica.

Otro general—Miguel Cabanellas—colaboró con su actitud antidictatorial a que se formase el ambiente determinante de la República. El fué nombrado por el nuevo régimen capitán general de Valencia dentro de aquel Abril. Hoy es una de las figuras capitales de la sublevación.

Los intelectuales

También al nacimiento de la fecha abrilena ahora recordada contribuyeron los intelectuales. El manifiesto famoso que firmaron Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala tuvo una gran importancia. A los seis años de aquellos días, Ortega y Gasset está en Francia, no queriendo ser más que espectador de la terrible lucha entablada en España. Marañón está igualmente fuera de nosotros, y conocidísimos han sido en estos días sus juicios en torno a la contienda aquí entablada. De Pérez de Ayala... ¿Dónde está Pérez de Ayala? ¿Qué ha escrito o dicho Ramón Pérez de Ayala sobre la tragedia española?

Los muertos

Y otros muchos cayeron ya para siempre. Con la palabra o con las armas habían luchado para dar vida al 14 de Abril, y de la diversa aportación nació la fecha ilusionada. La muerte les ha igualado a todos. Sánchez-Guerra, Maciá, López Ochoa, Arturo Menéndez, Abad Conde... Y los constitucionalistas. ¿Recordáis? Eran Bergamín, Villanueva, Melquiades Álvarez, Burgos Mazo... También, también contribuyeron, con su riguroso escrúpulo constitucional, a que llegase la República. Hoy, a los seis años de la fecha de 1931, han entrado ya en la Muerte.

JUAN LORENA

En las trincheras QUE DEFIENDEN A MADRID

DEFIENDEN A

PARÁBOLA DEL JOVEN Y EL VIEJO



Jefes y oficiales—entre ellos el heroico comandante Marceliano Núñez—se han reunido un momento en torno de «Aceituna»

Este dédalo de trincheras que corta el campo como un látigo perdido entre la hierba parece la calle de un pueblo que tuviera los edificios a la altura de las cabezas. A uno y otro lado del camino se abren los huecos de los refugios como pequeñas casas aldeanas. De muchas sale incluso ese humo de las casas poco ventiladas. Para que la ilusión de marchar por una calleja sea mayor, en muchos recodos surgen, sobre las puertas, letreros como éstos: «Villa Anita», «Bar Kamelo. Hay cerveza y bocadillos».

Un espunte de troneras corre a lo largo de las paredes, con sus ojos de cielo vigilantes frente a los parapetos enemigos. Junto a cada hueco, un soldado atalaya constantemente el espacio fronterizo para evitar cualquier sorpresa.

He aquí dos de estos soldados. Están próximos. Uno es joven; el otro, viejo. Los dos han coincidido en el punto de observación. Antes habían coincidido también en el fervor y en el deseo.

El joven nació en un pueblo misérrimo de la provincia de Avila. Es menudo, vivaracho, simpático. Sus compañeros le llaman *Aceituna*. Tan menudo es, que, a pesar de sus diez y ocho años, apenas representa trece. Le envuelve una rúbrica infantil, que acentúan la sonrisa sin malicia, la mano pequeña, de niño, y la cara sin sombra de barba. Acaso las penas no le han dejado crecer. En su aldea no abundan los motivos de alegría para los niños pobres: levantarse antes del alba para ir al trabajo, no saber lo que es un juguete o una hora perdida mirando las nubes o una estrella. Pero hasta en la desgracia hay grados todavía. *Aceituna* se hubiera considerado feliz con que su infancia hubiera sido como la de los demás niños pobres del pueblo. Pero a su padre le entró de pronto un afán andariego que le hizo abandonar la casa, la familia, el pueblo... Y allí, en la casucha mísera, quedaron la madre y el hijo, «con el día y la noche por todo capital». Luego...

—Luego—dice él mismo—se murió la madre, y me quedé más solo que la una.

A la hora del relevo un comandante ha llamado al pequeño miliciano. Al comandante le gusta oírle contar a *Aceituna* la película dolorosa de su vida. Ahora mismo, *Aceituna* está cuadrado ante el jefe, firme, rígido, con una comba aguerrida en el pecho pequeño.

—Tú eres ya veterano, ¿verdad?

—¡Pues claro! Yo estoy luchando desde primeros de Agosto.

—¿Por qué te marchaste del pueblo?

—Porque yo quería luchar al lado de los míos, y los fascistas se habían apoderado de mi pueblo. En mi pueblo se hartaron de hacer perrerías con todas las personas que no estaban en su mapa.

Aceituna se ha sentado junto a nosotros, en uno de los refugios de las trincheras. En la media luz de la cue-

va se borra su figurilla desmedrada. Pero queda la vocécita delgada, infantil.

—La primera vez que entré en combate fué en Aravaca. Yo quería ir; como todos, llevar un fusil; pero el comandante que mandaba nuestro batallón no me dejó. «Tú —me dijo— lo que vas a hacer es llevar municiones para los compañeros.» «Bueno, mi comandante; lo que usted quiera. La cosa es servir a la causa desde el puesto que usted me mande.» ¡Pero me daba una rabia que no me dieran el fusil! Me llené el morral de cartuchos y de bombas y me uní a mis compañeros. Se nos vino encima, de pronto, un «nublao» de balas. Entre la lluvia de plomo me gritaron: «¡Tírate a tierra!» A mi lado estaba ya en tierra otro camarada. Me tendí junto a él. El otro estaba quieto, boca abajo, con los brazos abiertos pegados a la tierra. Sobre nosotros o a nuestro lado reventaban los obuses. Cuando se dió la orden de avanzar le grité al camarada: «¡Adelante! Vamos, compañero.» Pero el camarada no se movía. Seguía allí, inmóvil, boca abajo, con los brazos en cruz. Le moví. Estaba muerto. Un hilillo de sangre le salía de la boca, destrozada. ¡Me dió una pena!... Pero no había tiempo que perder en penas. Le recogí el fusil—¡por fin tenía un fusil!—, y seguí adelante.

Aceituna se da cuenta de que todos seguimos su relato con gran interés. Y como los buenos narradores, para que la atención se fije aun más, hace una pausa y continúa:

—Cuando llegué a la carretera se me rompió el morral. Extendí la manta de campaña en el suelo y eché allí los cartuchos, las bombas... ¡Como me pesaba todo esto! Pero empecé a repartir las balas y las bombas hasta que me quité el peso de encima. De pronto nos tuvimos que tirar a tierra otra vez. Un compañero y yo habíamos quedado rezagados. Hacia nosotros enfilaba su ametralladora un oficial faccioso. Nos llovían las balas alrededor del cuerpo, levantando nubecillas de polvo. Pero mi compañero le tiró una bomba al oficial enemigo y le mató. A la máquina no le tocó la metralla, y nos apoderamos de ella. Yo le iba dando los peines, y el camarada rompió el fuego contra un grupo de moros que venían corriendo en socorro del oficial. Caían como conejos, dando gritos salvajes: uno, dos, tres, cuatro... Más de una docena de enemigos se quedó allí para siempre. En aquellos momentos sentía yo una alegría que casi me obligaba a dar gritos. El pobre camarada que poco antes había tenido que abandonar para siempre quedaba bien vengado. Cuando los pocos enemigos que quedaban se



«Aceituna», el pequeño gran guerrillero, cuenta a nuestro compañero Otero Seco su vida de campaña (Fots. Piortiz)

dieron a la fuga, mi compañero se echó al hombro la ametralladora. Andando fuimos a incorporarnos a nuestras filas; pero aun nos esperaba otro rato de peligro. Una bala le hirió en una pierna; pero él continuó andando, hasta que le hirió otra bala en el pecho. Se nos incorporaron dos camaradas, y entre todos transportamos al herido y a la ametralladora. Ya lo tenemos curado y dispuesto a entrar de nuevo en combate.

Aceituna tiene ganas de hablar. Está contento. Durante su guardia de poco antes ha tenido ocasión de disparar su fusil tres veces, con buen resultado. Y ahora, una gran taza de café con coñac le ha soltado la lengua y el optimismo.

—¿En qué momento has sentido mayor emoción?

—En dos ocasiones. Una noche, durante un ataque en Carabanchel, que dirigió el pobre comandante Mena, durante el que hicimos al enemigo más de cien bajas, y otra en el combate del Puente de los Franceses, donde hirieron a mi comandante, Marceliano Núñez, que peleó como un héroe.

—¿No has sentido miedo nunca?

—Miedo, miedo... Lo que se dice miedo, no. Lo que pasa es que antes de trincar el parapeto se siente siempre un poco de reparo. Pero después no piensa uno en nada. Es decir, sí, en una cosa: en vencer.

¿Y el viejo? El viejo está también junto a nosotros, en el refugio. No ha despegado los labios en todo el tiempo que lleva allí. Está, como un bloque sombrío, acurrucado en un rincón fumando un cigarrillo. El viejo era minero en Asturias. Una huelga le dejó sin trabajo y sin libertad. Cuando salió de la cárcel se le hizo la vida imposible. Tuvo que marchar por los caminos como un mendigo. En León volvieron a encarcelarle. Dos hijos suyos seguían allí en Asturias, perdidos en la noche eterna de la mina, arrancando carbón. Pero el viejo no quería ser un parásito, y cuando salió de la cárcel de León siguió buscando trabajo. De vez en cuando le llegaba una carta de los hijos: «Regrese usted. Cuando se es viejo y se ha sido trabajador se tiene bien ganado el derecho al descanso.» Un día se volvieron a reunir el padre y los dos hijos. Fué en Agosto pasado, y los tres formaban parte de la misma compañía de Milicias. Pero un día, al volver el viejo de las primeras líneas, le dijeron: «Una bomba de aviación ha matado a tus dos hijos.» El viejo no lloró. Se quitó el gorro de miliciano y le temblaron un poco los labios. Después se volvió a las primeras líneas.

Aceituna y el viejo son inseparables. *Aceituna* piensa en el padre andariego cuyo perfil se perdió una tarde a la salida del pueblo, hasta hacerse un borrón de bruma en sus recuerdos infantiles. ¿Y el viejo? El viejo es un minero fuerte y duro, poco propicio a lo sentimental. Pero no puede evitar que al mirar a *Aceituna* se le clave más hondo, como un doble puñal, el recuerdo de los dos hijos caídos para siempre.

ANTONIO OTERO SECO

La sublevación en Zaragoza, recordada por un evadido del frente de Aragón

La noche del sábado, las barricadas en la calle y los fusilamientos en Valdespartera

Este muchacho estaba en Zaragoza cuando estalló el movimiento que había de hacer vivir a España sus más trágicas horas. Tenía allí su destino, y vio de cerca cuanto ocurrió en la capital aragonesa durante aquellas jornadas. Fue, después, combatiente, y un día se pasó a las filas del Gobierno. Está hoy en una de las columnas levantinas, y, accidentalmente, con permiso, en Madrid. Con palabra lenta, fijos los ojos en aquellas horas que son ya Historia de España, este muchacho—veintitrés años, inquietud de un mundo mejor y una sed de ilusiones infinita—ha recordado panorámicamente, como en un rápido documental cinematográfico, lo que él vio y vivió en Zaragoza. Sobre sus palabras, reflejo exacto de una realidad vivida auténticamente, está hecho este reportaje.

Tarde de sábado

AQUEL sábado 18 de Julio, por las calles de Zaragoza se pudo observar un desacostumbrado ir y venir de pequeños con jefes y oficiales del Ejército. Empezaba la tarde, y los cafés rebosaban gente. Tertulias y charlas que todavía se comentaba la muerte de los que habían caído y se fundían—eterno comentario español—con las de política con los temas de toros. La medida que la tarde avanzaba se pudo advertir más claramente aquel paso rápido de coches con militares uniformados. Un no sé qué extraño—nervios, inquietud, presentimientos—flotaba sobre la ciudad. Ya habían dejado de llegar algunos trenes. Corría el rumor de un movimiento militar en toda España. ¿Qué pasaba en Madrid? ¿Qué pasaba en Barcelona? Aquella tarde del sábado las tertulias de los cafés se deshicieron más tarde que nunca. Todavía, en la calle, los hombres prolongaban la charla, como si no quisieran separarse antes de que cuajase en la realidad aquel no sé qué extraño e inquietante que palpitaba sobre la ciudad.

Una noche inquieta

Cerró la tarde, y aquella inquietud se espesó, se llenó de presentimientos sombríos. Se conocía ya la certeza del movimiento militar en España. En las calles había una animación extraordinaria esa noche del sábado. Muchos grupos, parados o andando, comentaban y esperaban, atentos al latido de las horas, tensos el ánimo, el oído y la mirada.

El gobernador civil—Angel Vera Coronel—tenía, transmitida desde Madrid, la orden de entregar armas a las organizaciones proletarias para dominar el movimiento.

Pero no se atrevía a cumplimentar la orden. Estaba indeciso, bajo el peso de aquellas horas graves. Entre las medidas que tomó figuró la de enviar dos guardias de Asalto para que destruyeran la estación de radio, en previsión de que pudiera ser utilizada por los presuntos rebeldes. Llegaron a la estación los guardias; pero lo que hicieron fue quedarse allí, custodiándola, con los falangistas que habían ido a incautarse de ella.

La efervescencia callejera subía por momentos. Se presentía una sorda tormenta popular. Muchos pedían armas para luchar contra el movimiento. Se contaba también para ello con las fuerzas de Asalto, que estarían junto a la autoridad y a las masas proletarias.

A las dos de la mañana el gobernador se decidió a cumplimentar la orden que desde Madrid se le había transmitido: armar a la multitud. Era ya tarde. Unos militares llegaron al Gobierno Civil y se llevaron detenido al representante del Gobierno en Zaragoza.

Las tropas, en la calle

Tuvo una fuerte emoción aquella noche. Bajo sus horas negras, lentas y quietas, empezó el drama. Las fuerzas de Asalto, a las que se había creído adictas a la causa gubernamental, se pusieron en seguida al lado del movimiento. Ellas fueron las que esa noche actuaron, deteniendo a comunistas, sindicalistas y socialistas. Con los guardias de Asalto, los falangistas, que en gran número se lanzaron a la calle y colaboraron en la tarea de detener a cuantos pudieran ser enemigos del movimiento.

Esa noche Zaragoza no durmió. Se oían constantemente los tiros. Al amanecer—primera hora diáfana de un domingo de Julio—se oyeron cornetas por la calle. Eran las tropas, que hasta entonces no habían actuado y que salían a proclamar el estado de guerra. En los muros se pegaba el bando. «Serán castigados con arreglo al Código de Justicia Militar...»

La radio, al servicio del movimiento

Con las tropas que habían salido a la calle iban muchos falangistas, que desde meses antes se habían presentado voluntarios en el Ejército, y que eran soldados como los de los reemplazos normales. Aparte de éstos, que eran ya soldados, otros muchos afiliados de Falange se lanzaron a la calle, gritando y cantando, uniformados y armados. Ellos eran los que seguían deteniendo a las personas que pudiera suponerse enemigas de la sublevación.

Esa mañana de domingo se empezó a hablar por radio. No se trataba—decían—de un movimiento contra la República, sino de un movimiento para salvar a España del peligro bolchevique y de la Dictadura Roja, que sería inevitable y que hundiría al país en el caos si no se la atacaba enérgicamente. Ese día, las emisiones acabaron con dos vivas a España y un viva a la República. Sólo

ese día. Después, las emisiones terminaban vitoreando sólo a España.

Lucha en las calles

Las organizaciones obreras declararon la huelga general revolucionaria. Falangistas, hombres que voluntariamente se prestaron para secundar el movimiento, fueron sustituyendo algunos de los servicios necesarios a la ciudad. Grupos nutridos de voluntarios encendían los faroles mucho antes de que llegase la noche.

Las autoridades militares hicieron llamamientos para que los que quisieran unirse al movimiento se presentaran en la Comandancia. Muchos se presentaron, y les facilitaron un brazalete y un fusil para que auxiliaran la acción militar.

Las masas proletarias, aun sin armas, se oponían al movimiento. Querían hacerse fuertes en algunos sitios de la ciudad. Llegaron a construir algunas barricadas. Pero la lucha no era posible en aquella absoluta desigualdad de condiciones. Ante la mayor resistencia fue mayor la represión. Sangre proletaria regó una y otra vez las calles de Zaragoza. La lucha fue dura en las calles de San Pablo y de San Blas, donde los trabajadores habían construido barricadas. Y hubo un barrio en el que las fuerzas del Ejército no pudieron entrar, ante la porfiada resistencia: fue el barrio de las Delicias.

Los pueblos

Sin embargo, esta resistencia no podía durar mucho. El armamento era escaso. Aumentaban los registros, las detenciones, los fusilamientos. Se fusilaba a la gente en las tapias del cementerio y en el barrio de Valdespartera. No llegaban las columnas catalanas, que estaban, según muchos, camino de Zaragoza. Pasaban los días, y esta esperanza no se cuajaba en realidad. Ante esta suma de factores contrarios, perdida ya toda esperanza de que llegasen los catalanes, los obreros fueron reintegrándose al trabajo. La ciudad recobró su normalidad, Zaragoza quedaba incorporada al movimiento.

Pero muchos pueblos de la provincia resistían aún. Se luchaba en ellos. Allí iban soldados y falangistas, que, a veces, no volvían, caídos en la lucha. Algunas veces hubo que emplear la Artillería para reducir a los que todavía se oponían a la sublevación.

Se empezaron a recoger aparatos de radio para que no pudiesen ser oídas las emisiones de Madrid y de Barcelona. Fueron llamadas ocho quintas de cuota y tres de haber. Pero muchos mozos no se presentaban. Prefirieron esconderse. Hasta que empezó a correr una noticia dramática:

—Van a fusilar a los que no se presenten.

FERNANDO OSSORIO

EN EL PRÓXIMO NÚMERO:

LA SUBLEVACION EN ZARAGOZA, RECORDADA POR UN EVADIDO DEL FRENTE DE ARAGON

SEGUNDO REPORTAJE

Requetés en Zaragoza.—La aviación del Gobierno.—Al frente.—El fusilamiento del corneta en el cuartel de la Aljafería.—Evasiones.—Una tarde en las avanzadillas de Teruel.—Con los muchachos de la F. A. I.



VALENCIA



Por toda la huerta valencianca cruza la misma consigna:
**"El envío de víveres a Madrid
significa lograr la victoria. ¡Ayudemos
al heroico pueblo madrileño!"**



En la huerta valenciana se trabaja ahora infatigablemente para ayudar a Madrid enviando víveres (Fot. Vidal Corella)

La revolución en la huerta

1519. Valencia vivía los primeros momentos de una gran revolución. Era el pueblo el que, cansado de sufrir los vejámenes y los atropellos de la nobleza, cuyo orgullo había llegado a lo máximo, se alzó vibrante contra ésta para sacudir el yugo que le oprimía.

La voz de la germanía corrió por la ciudad, extendiéndose firme y rápida por toda la huerta. Juan Lorenzo, Guillem Sorolla, Vicente Peris, Juan Caro... Todos fervientes defensores del ideal, todos nacidos de la entraña viva del pueblo y, por ello, fundadores de la germanía, inculcaron el fuego, y lo acrecentaron, manteniéndolo vivo en todo instante, de la revolución contra los nobles.

Los campesinos fueron desde el primer instante la fuerza mayor con que contaba la Junta de los Trece. Y ellos dieron sus brazos y sus vidas para defender la causa sagrada de la Libertad. Ellos lucharon incesantes siguiendo las vidas de Sorolla y Peris, y hasta desvanecerse las cenizas del Encubierto, quemado en la pública hoguera encendida por la Inquisición.

Pero aunque la llama de la revolución fué apagada, no lo fué el fuego de ella, que se ha mantenido presto a brotar al menor chispazo.

Y así sucede siempre en aquellas manifestaciones contra el absolutismo impuesto por la alta clase contra el pueblo que trabaja y produce, en las que siempre ha defendido su libertad y su independencia. Tal es la lucha contra la invasión francesa. Entonces, como lo había sido cuando las germanías, fué la huerta la que se alzó vibrante, con un entusiasmo viril, arrollador, al grito dado por la ciudad. El grito entusiasta, patriótico, dado por El Palleter ante los campesinos del Mercado fué el clamor que corrió de pueblo en pueblo, de barraca en barraca, corriendo así toda la huerta, ondeando como bandera

de combate ante el invasor, como había ondeado al grito de Independencia la roja faja de El Palleter.

La historia vuelve.

Por la huerta no sonó el caracol que lanzara su voz vibrante avisando el peligro. Ni se levantaron hoces amenazadoras, ni asomaron trabucos a las puertas de las barracas. Se alzaron puños cerrados, y las bocas se abrieron para cantar por toda la huerta una canción de nueva vida: era *La Internacional*.

Las escopetas valencianas, esas escopetas en manos del huertano, tan maravillosamente descritas por nuestro Blasco Ibáñez, asomaron a los caminos y formaron prontamente una gran muralla alrededor de Valencia.

Y vencieron la rebelión en Valencia. Pero nuestro campesino se dió cuenta de que el enemigo no era totalmente vencido con ello. Quedaba a la otra parte de la ciudad luchando por devorar a ésta desde otras tierras hermanas. Y trabajó constante, laborando hora tras hora, en un esfuerzo supremo, para que en esas ciudades hermanas, que carecían de lo que en ésta se cultiva, nada les faltara.

La voz del Gobierno, que es la voz del pueblo

Cuando Valencia, como Petrogrado, como Burdeos, fué elegida para residencia del Gobierno, puesto Madrid en peligro y, con ello, el Gobierno y la Revolución si aquél quedaba en la capital, la voz de éste se alzó para hablar serenamente a los campesinos. Y dijo:

«La voluntad de Valencia, la voluntad de los campesinos, la voluntad de los pueblos que trabajan, está manifestada claramente, sin ninguna clase de barullo, de una forma muy simple, muy sencilla, pero suficientemente generosa. Los que hemos estado largo tiempo en Madrid, preocupados dirigiendo alguna de las ramas de

nuestra actividad, sabemos todo lo que generosamente han sido los donativos de los campesinos valencianos para el pueblo de Madrid y para las Milicias; sabemos los frutos, sabemos el trigo, sabemos todos los esfuerzos que los campesinos valencianos han hecho para enviar víveres para el frente. Sabemos que a cualquier llamamiento del Gobierno, en caso de necesidad, vosotros estáis dispuestos, como los demás campesinos de España, a entregar lo que tengáis, a ir vosotros mismos a empuñar los fusiles para derribar al fascismo. Sabemos que estáis dispuestos a tomar las armas contra el fascismo al menor llamamiento, y que sois disciplinados para trabajar y que seréis disciplinados, si el caso llegara, para la guerra. Y esta identidad entre vosotros y los que luchan en los frentes, y la seguridad de que estáis dispuestos a sacrificar vuestra vida en la lucha contra el fascismo, nos da el convencimiento de que estáis dispuestos a trabajar todo cuanto sea necesario para que a nuestros combatientes y al pueblo no les falte lo necesario para vivir.»

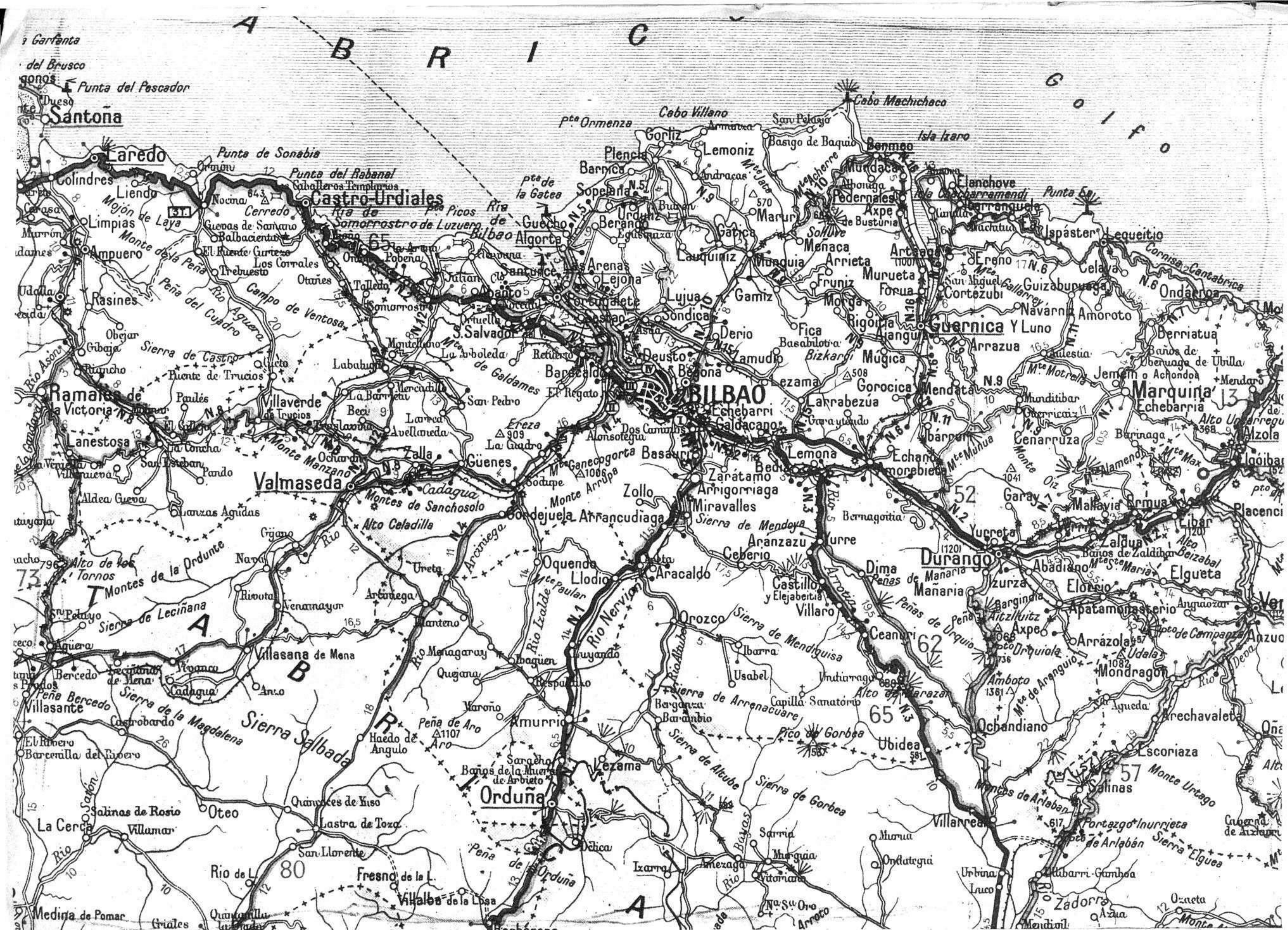
Valencia envía víveres a Madrid

Y así es. Valencia, llamada justamente la despensa de los leales, no quiere que en Madrid falte lo más elemental para la lucha. Y por toda la huerta cruza la misma consigna: «El envío de víveres a Madrid significa lograr la victoria. ¡Ayudemos al heroico pueblo madrileño!»

Y envía sus cosechas para alimentar a los combatientes. Y las flores de la huerta para cubrir la tierra donde descansan los héroes caídos. Y acoge con brazos de madre a los hijos de aquellos que todo lo dieron luchando en el frente de guerra defendiendo los más santos ideales: Amor, Justicia y Libertad.

(Fots. Vidal Corella)

FAUSTO LAMATA



**Los escenarios
de la guerra**

El frente de Vizcaya

Los escenarios de la guerra

MUNDO GRAFICO ha publicado el mapa del frente de Guadalupe en su número correspondiente al día 31 de Marzo, y el del frente de Córdoba—sector de Pozoblanco—, en el número del 7 del corriente Abril. En números sucesivos publicaremos otros mapas de los escenarios de la lucha



El trabajo en las oficinas de la Unión Colectiva del Ramo de Peluquería

Palabras y hechos en torno a la unión sindical

RUEDA por los periódicos y por los mítines el tema —hecho ya casi tópico, por lo reiterado— de la unidad sindical. Palabras y más palabras, que no encuentran después, sin embargo, la rúbrica de los hechos. Pero he aquí que silenciosamente, sencillamente, sin retórica de mitin, un importante grupo de la industria madrileña ha realizado esa unión sindical, y ofrece a los que hablan en la Prensa o en el escenario una lección ejemplar de cómo los hechos deben valorar las palabras y las intenciones. Ese ramo de la industria madrileña es la peluquería. Los varios miles de proletarios vinculados a ella se han fundido en la tarea común de hacer una obra de auténtico sentido colectivo, de verdadera eficacia social. Las dos centrales sindicales—la U. G. T. y la C. N. T.—están unidas—una unión sincera, positiva—a través de esta nueva organización de la peluquería madrileña. Esta vez las palabras no han quedado en un simple alarde verbal.

En Madrid, en la calle de Castelló...

En el local social de la Unión Colectiva del Ramo de Peluquería, algunos directivos de la nueva organización —el camarada Blanco, el camarada Silvio, el camarada Lobo—van exponiendo la tarea realizada: sus antecedentes, sus realidades, sus orientaciones... Fundamentalmente es esto: se ha socializado la industria, se ha suprimido en ella el paro que había hace un año, se ha establecido para el trabajador una serie de mejoras justas que antes no tenía. Al ir exponiendo esto, aquellos camaradas animadores de la idea en marcha hablan de lo conseguido con una noble efusión, con el orgullo legítimo de quien ve realizada la aspiración apasionadamente sentida.

Panorama anterior de la industria de la peluquería

Primero, el porqué de la socialización. La situación de la industria era malísima en Madrid. Había, sí, algunas casas que realizaban un excelente negocio, y en las que los obreros podían desenvolverse holgadamente. Pero la mayoría, no. Esto determinaba que los obreros del ramo pasasen, en su casi totalidad, por una situación angustiosa. Un ejemplo, y no de los más expresivos que pudieran trazarse: En una casa trabajaban el patrono, su hijo y dos oficiales. Del ingreso semanal quedaban, cubiertos los gastos, 48 pesetas semanales para el padre y el hijo, y los otros dos trabajadores no podían cobrar más de treinta pesetas. Una situación insostenible, tanto para el patrono como para el obrero.

Otros aspectos completan el cuadro que ofrecía hace unos cuantos meses la industria peluquera. Había un número de establecimientos triple del que debiera haber; existía una competencia absurda entre ellos; la forma habitual de explotación de la industria determinaba una gran incompetencia profesional; el número de parados alcanzaba proporciones que nunca se habían conocido; la jornada de trabajo no respondía a los acuerdos obre-

ros; el trabajador estaba en un absoluto desamparo ante las contingencias de la enfermedad, de la muerte, de la vejez, de la inutilidad...

Y, además, una gran deuda por parte de la clase patronal, consecuencia de esa situación de zozobra. Se debía a los trabajadores, al Estado, a las Casas productoras de enseres para peluquería. Se debía en concepto de alquileres, de Seguros, de luz, de gas...

El patrono y la nueva organización de la industria

Toda esta situación de caos no podía ser resuelta—la realidad lo venía demostrando un día y otro—con arreglo a las fórmulas patronales. Urgía otra solución. Y así fué cómo, a la vista de todos aquellos argumentos, en Agosto se reunieron las dos organizaciones profesionales y se decidieron a emprender el único camino que, a su juicio, quedaba para la salvación de la industria: su colectivización.

Los patronos se incorporaron a la obra transformadora que se emprendía. Rompieron con su pasado. Para muchos de ellos, las nuevas fórmulas equivalían a su salvación, a la salida de un estado de angustia que cada día se hacía más insostenible.

—Mire usted—dicen los realizadores de la idea—: lo que la socialización ha resuelto a los industriales de peluquería es muy superior al capital de la totalidad de la industria. Al patrono de ayer, hoy compañero nuestro en trabajo y en derechos, le ha desaparecido ya la inquietud por las deudas, puesto que responde de ellas

RETAGUARDIA

Cómo se ha socializado la industria de la peluquería en Madrid

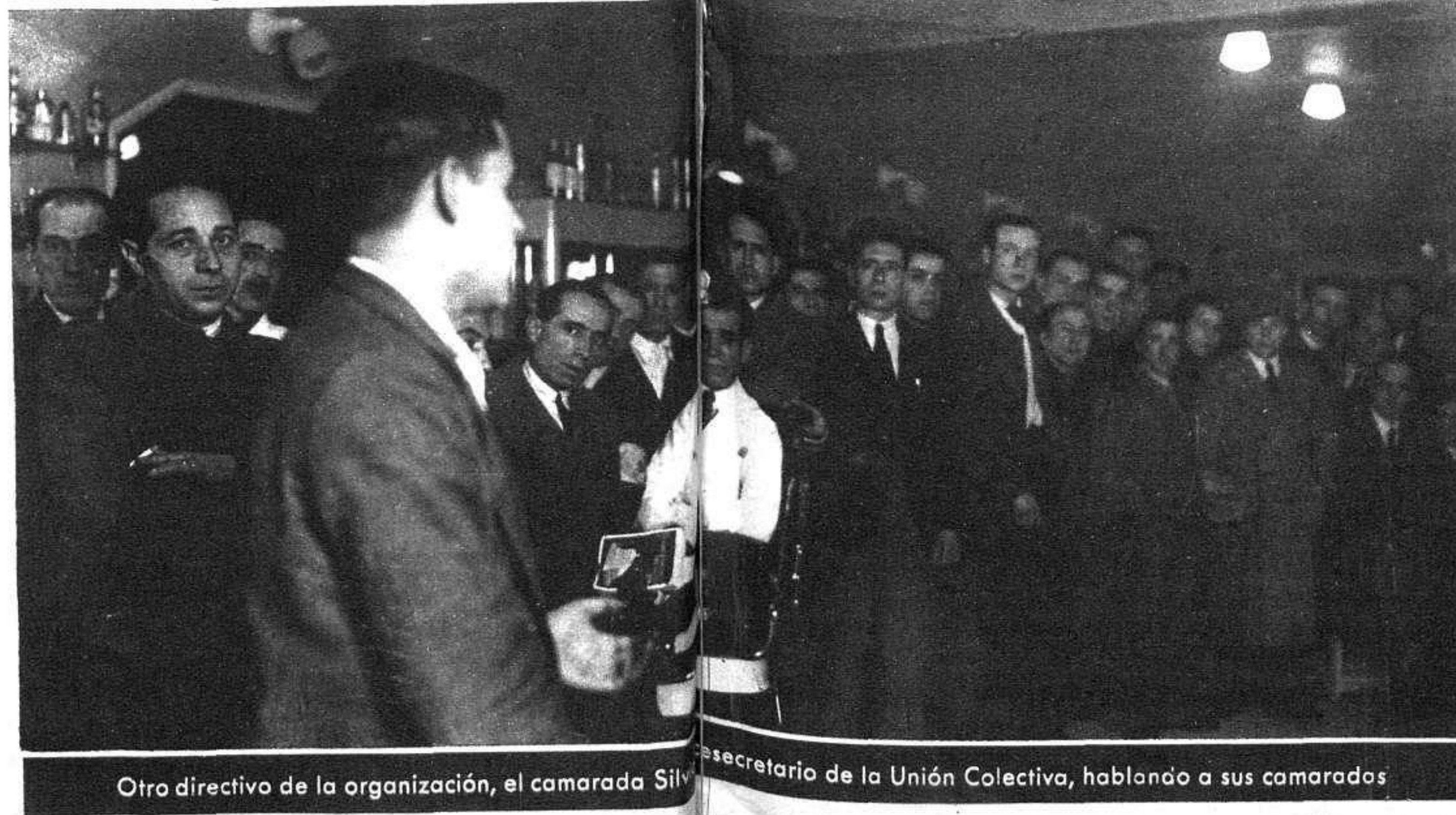
Lo que el peluquero no tenía y tiene ya: pensión de vejez, de inutilidad, de viudedad...



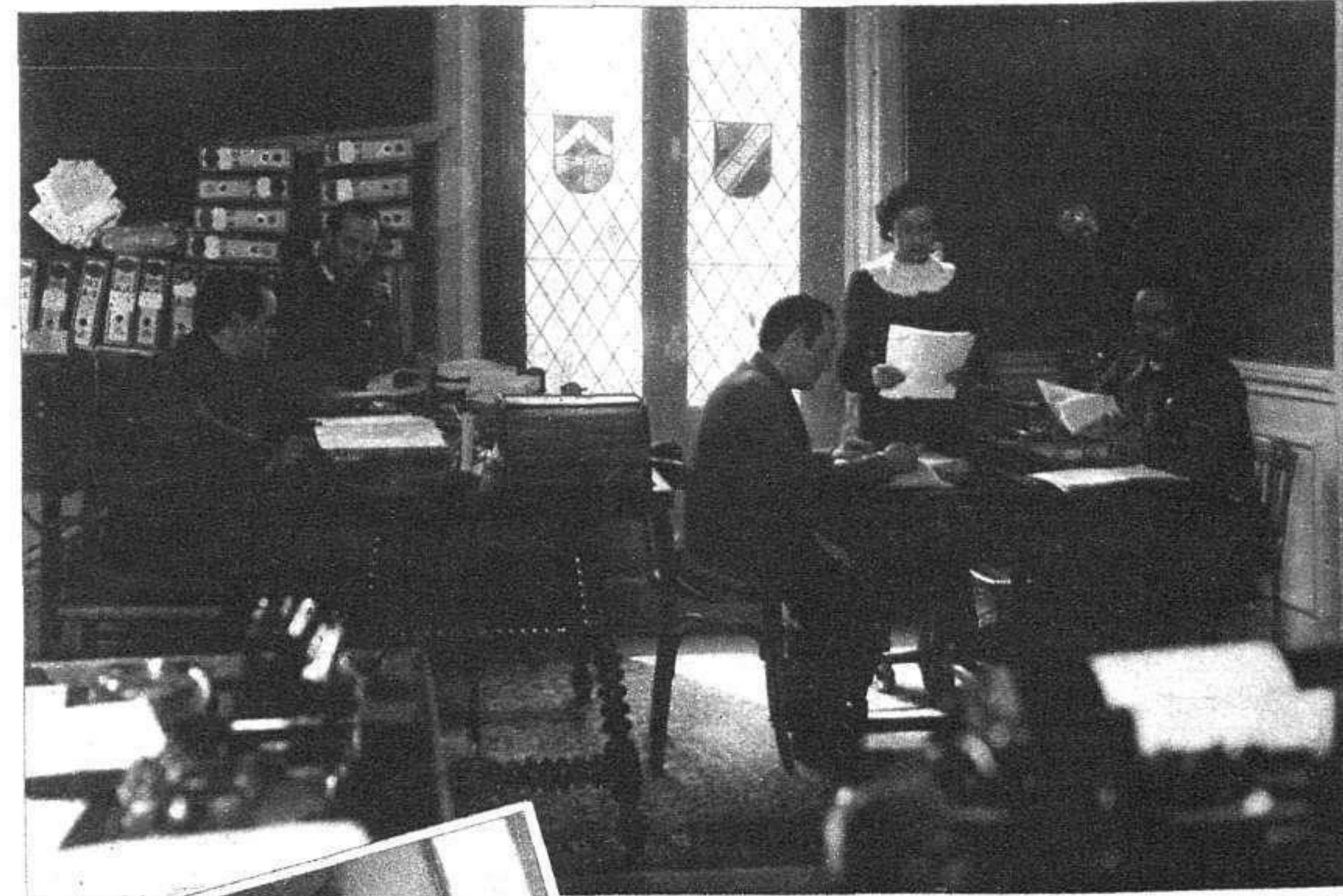
Periódicamente, los directivos de la Unión Colectiva dan charlas a los obreros para explicar los resultados de la obra realizada. He aquí una de ellas.

El camarada Silvio y el camarada Lobo cambian impresiones sobre la marcha de la industria socializada

Las diarias consultas en el despacho del administrador general de la Unión Colectiva, camarada Lobo



Otro directivo de la organización, el camarada Silvio, secretario de la Unión Colectiva, hablando a sus camaradas



El trabajo en las oficinas de la Unión Colectiva del Ramo de Peluquería

La organización de la Unión Colectiva

En cada casa hay un responsable, representante en ella de la Unión Colectiva, cuyos acuerdos cumplirá y hará cumplir. Vigilará también la forma de producción y administración de la casa. El resumen semanal de gastos e ingresos de la casa ha de ser controlado y firmado por todos los trabajadores del establecimiento.

Hay, después, un Comité de Distrito, que tiene por misión seguir la marcha de las casas que le corresponden, revisar sus cuentas, informar al Comité Central de las necesidades de personal y material de cada establecimiento... El secretario de cada Comité de Distrito forma, finalmente, parte del Comité Central, máxima representación de la Unión Colectiva. Este Comité Central dirige y resuelve la totalidad de los problemas que la industria, en conjunto o en detalle, pueda plantear.

Un detalle de interés: a los directivos de la Unión Colectiva no les paga esta organización, sino sus respectivos Sindicatos, y lo que cobran es menos del ingreso de los trabajadores de la Unión Colectiva.

Números...

La Unión Colectiva ha podido hacer lo que antes no se hacía: pagar íntegra y puntualmente su contribución al Estado. Por este concepto ha abonado 150.000 pesetas, correspondientes al último trimestre del año anterior y al primero de éste.

En la última semana se han pagado 2.888 pesetas a compañeros enfermos (cobran, sin limitación de tiempo, íntegro su salario, y, además, el dividendo correspondiente).

En Marzo se han repartido 70.000 pesetas de *superávit*.

En concepto de pensiones se pagaron, hasta final del año, 40.000 pesetas.

Se han pagado 32.859 pesetas por facturas de luz que tenían atrasadas los patronos. Y 14.422 por débitos de gas, también atrasados.

la colectividad. Tiene una jornada justa de trabajo, inferior a la que antes tenía que desarrollar; dispone de un jornal inicial y de un reparto mensual de utilidades, lo que equivale a la utilidad íntegra de su trabajo, deducidas las obligaciones colectivas; cuenta, en el caso de enfermedad, con el sueldo íntegro, sin limitación de tiempo; cuenta, finalmente, con pensiones de ocho pesetas, en concepto de vejez, de inutilidad física y de viudedad.

El salario, el dividendo y las pensiones

A la colectivización. Había en Madrid cerca de mil peluquerías, y quedan convertidas en trescientas cuarenta. Había mil parados, y ya no hay ninguno. El salario inicial fué de cuarenta y cinco pesetas a la semana, y ya desde estos días es de sesenta. Además, descontados los gastos colectivos de cada mes, se reparte entre todos un *superávit*, que ahora es de treinta y seis pesetas mensuales. Salario y *superávit* se irán aumentando todo lo posible, hasta que formen un ingreso con el que pueda sostenerse un nivel decoroso de vida.

Se crean, además, pensiones para los viejos, para los inútiles, para las viudas, para los huérfanos... Todos ellos cobrarán ocho pesetas al día, y las viudas, si pueden rendir algún servicio a la organización colectiva, ven aumentada su pensión hasta las cincuenta y cinco pesetas a la semana.

De este modo, la Unión Colectiva va realizando lo que durante muchos años fué el sueño y la aspiración de cuantos se habían dedicado a esta profesión.

Y mañana...

Se ha contribuido a la guerra movilizándolo—como combatientes o como profesionales—a dos mil compañeros. Se ha creado una Cooperativa de abastecimiento de las peluquerías (la última compra, hecha al contado en Barcelona, asciende a 60.000 pesetas). Se tienen otros proyectos de interés, que el tiempo y el entusiasmo irán cuajando en realidades.

Seguirán otros hablando de unión sindical, y los hechos seguirán contradiciendo a las palabras. En cambio, este grupo de hombres fervorosos ha conseguido, calladamente, sencillamente, que esa unión sea una verdad.

—Estamos los representantes de las dos sindicales tan auténticamente unidos, que nuestros puntos de vista son los mismos, y los mismos son nuestros entusiasmos por la tarea que juntos hemos emprendido. Un ejemplo, mejor que todas las palabras: en este Comité Central no ha habido que realizar una sola votación, porque ante todos los problemas nuestro criterio fué siempre el mismo, sin una sola voz disidente.



La cabeza de Raquel Meller, el niño herido y la señorita refugiada debajo de un piano

Miranda había empezado a realizar en madera su «Retablo del Mar». Parte de la obra, policromada, se ha salvado. Nuestro compañero, en unión de uno de los oficiales de aquel sector, contempla uno de los fragmentos

AL final de la cuesta están los *chalets*, desde los que todavía se oyen las explosiones de las balas y el zambombazo de los morteros. Desde ellos se ve al alcance de la mano un paisaje de campo velazqueño, salpicado de edificios. El grupo de casas que antes se dormían en el silencio casi todas las horas está hoy cara a los parapetos, como una atalaya. A veces caen, entre el verde de los pequeños jardines cuadrículados, trozos de metralla violenta. La mayoría de los edificios están sin cristales y con los quicios de las puertas desprendidos. El acordeón metálico que cierra la entrada de los pequeños parajes es ahora más acordeón que nunca. Sin embargo, hay flores todavía. Flores manchadas de tierra removida violentamente no hace mucho tiempo.

En un recodo de la cuesta está el *chalet* del escultor asturiano Sebastián Miranda. Miranda—¿lo recordáis?—expuso hace tres años, en un local del centro de Madrid, un grupo escultórico magnífico: el *Retablo del Mar*. Un poema largamente meditado, hecho a lo largo de muchos días de afanoso laborar. Hasta entonces, Miranda había acudido a las Exposiciones de Arte con graciosas figurillas talladas en madera: gitanas con su churumbel a lomos de un borriquillo, como una «huída a Egipto» cañí; viejas asturianas arrugadas como esas que se ven rebuscando afanosamente en las bocaminas; algún busto de línea suelta y fácil realización. Miranda hacía estas figurillas en los descansos de su obra principal, como un refugio para el ocio de los dedos que no se resignan a dejar de moldear. Su obra grande, la que le había costado muchas horas de insomnio y muchos días de meditación, era el *Retablo del Mar*, el poema del trabajo y la miseria de los hombres del mar. En aquellas figuras del *Retablo*—que bien podía llamarse también el retablo del trabajo, de la miseria y de la muerte—quedó plasmada para la vida imperecedera del Arte la del dolor de los pescadores del Norte; la vida dramática de los hombres que se hacen todos los días a la mar, tirando al aire, cada minuto, el dado de la muerte; la soledad de las viudas de los pescadores; la miseria de los niños que pronto bailarán también sobre las barcas frías; la pugna desigual de las subastas del pescado.

Sebastián Miranda seguía trabajando en el Estudio de su casita en el *Retablo del Mar*. Aquel de la Exposición estaba en escayola, y ahora había que realizarle en materia definitiva, en madera. Día a día, hora a hora, las

gubias iban mordiendo la madera, moldeándola, dándole vida, hasta que surgían la viuda joven que mira al mar, con el hijo en brazos; la vieja que grita en la subasta, el viejo pescador de la pipa marinera cargado de nostalgias, el rapacín que sueña ya con ser grumete y hacer viajes lejanos sobre el lomo azul. Pero...

La guerra llegó hasta las puertas del Estudio, llamando en ella furiosamente con nudillos de balas. Las paredes se salpicaron de disparos, los cristales se vinieron abajo, y hubo como una fuga medrosa de esculturas animadas de pronto. El suelo del Estudio está ahora lleno de unos muertos raros. En un rincón, una cabeza de Raquel Meller conserva todavía la pámela que luce en una de sus películas. Junto a ella, una jovencita, sentada, tiene una balazo en el pecho blanco de escayola. Un niño desnudo ha perdido un ojo y sigue todavía sonriendo. A la cabeza de Cajal le falta la nariz.

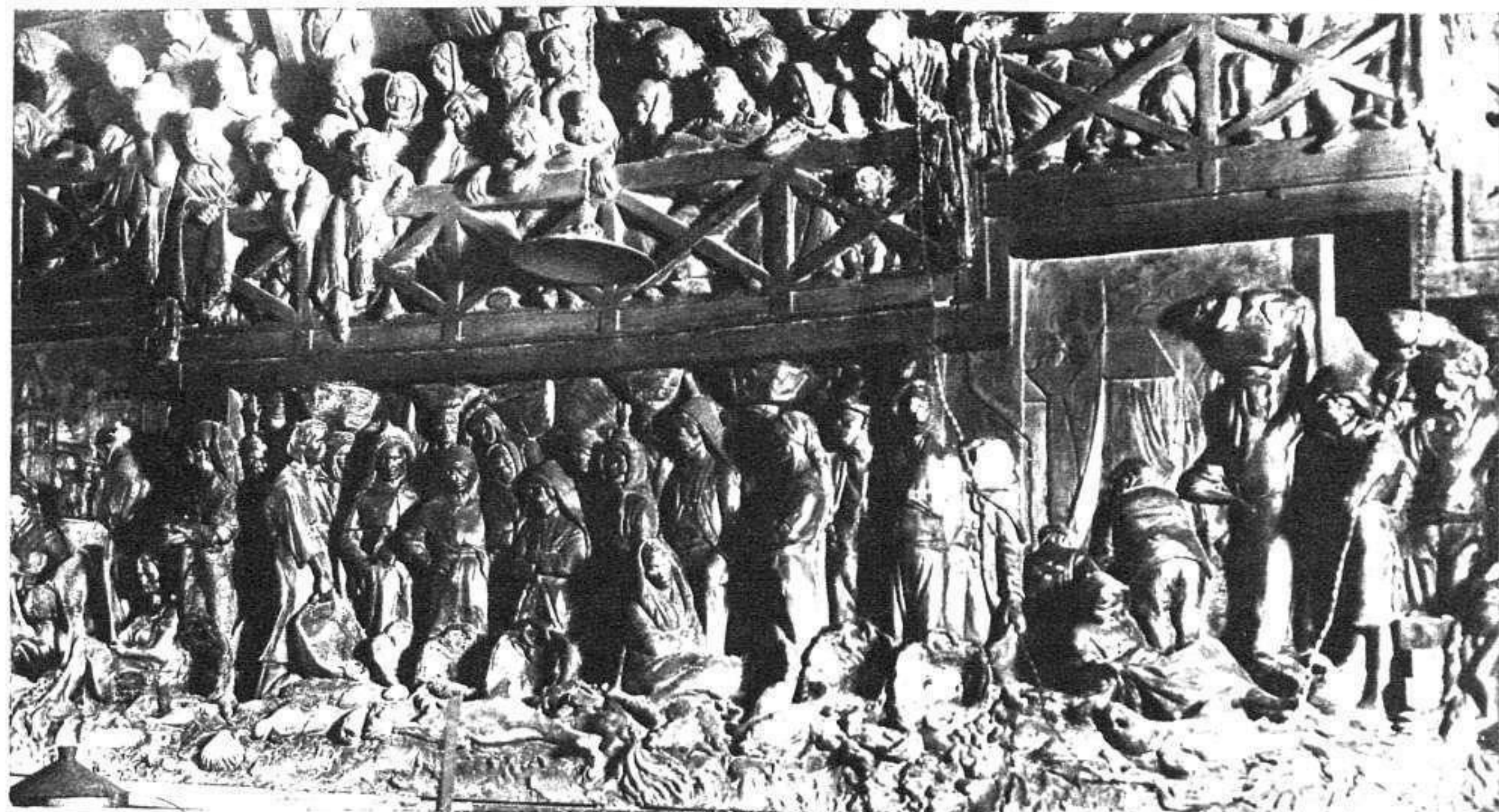
El suelo está lleno de papeles, de libros destrozados, de placas fotográficas rotas. En una habitación contigua al Estudio enseña la dentadura un magnífico piano de cola. Bajo él se ha refugiado una señorita desnuda con una pierna rota.

Pero el *Retablo del Mar* apenas ha sufrido deterioro. El de la Exposición de hace tres años está montado sólidamente en una habitación interior. El de madera está ya terminado más de la mitad, con la policromía de los colores brillando en los peces de plata, en los rojos centollos, en las faldas negras de las pescadoras. La otra mitad está a medio talar. Y ambas, en el suelo, bajo los ventanales del Estudio, se han librado de las mordeduras de las balas.

El batallón de Milicias destacado en aquel sector se ha dispuesto a salvar el magnífico grupo escultórico. Los soldados del pueblo, que no son insensibles al arte, han querido ganar esta nueva batalla a la furia destructora. Y dentro de poco, el *Retablo del Mar* será trasladado a Madrid. Por lo pronto, ya se ha empezado a transportar todo lo que—apuntes, bocetos, dibujos—es de más fácil traslado y no ha sufrido deterioro.

A su esfuerzo, a su sensibilidad, deberá el tesoro artístico del pueblo la conservación de una de las obras más interesantes de la escultura contemporánea.

ANTONIO DE LA SERENA



He aquí el «Retablo del Mar», expuesto hace tres años en un local del centro de Madrid. Está ejecutado en escayola, y por estar guardado en una habitación interior, se ha salvado sin apenas sufrir deterioro (Fots. Vide)

HA MUERTO MULEY HAFID

el ex sultán que tuvo un harén en Madrid

En París ha muerto Muley Hafid, ex sultán de Marruecos. Uno de tantos «moros amigos de España», que le han costado a España bastante caro. El sultanazgo de Muley Hafid fué muy breve. El triste fin de su hermano Abd-el-Aziz le sirvió de doloroso ejemplo sobre las quiebras que a veces tiene regir despóticamente.

Muley Hafid, más que un sultán de hecho, fué un instrumento, un juguete de esa Diplomacia internacional, premiosa y misteriosa maquinaria que cubiletea con el destino de los pueblos y los hace víctimas de ignotos intereses.

Muley Hafid fué sultán mientras convino a las grandes Potencias tenerlo de testaferro representativo. Pero un día, el personaje ya no era útil, y, como Esaú su primogenitura por un plato de lentejas, Muley Hafid cambió el trono por una pingüe pensión en Europa. Salió de Marruecos, y nunca más volvió a pisar su tierra luminosa este moro sensual, abúlico, craso y triste. A raíz de su renuncia al trono, vino a aposentarse a Madrid. Fué nuestro huésped durante años. Aquí se le recibió hidalgamente, con simpatía no exenta de morbosa curiosidad.

Muley Hafid se instaló con burgués esplendor en un palacete de la calle de Velázquez. Se tejió pronto en torno al personaje una leyenda con ribetes de galantería pintoresca. El pacto de Muley Hafid con las Potencias decía que le permitía proseguir en Europa su vida regalada de árabe sensual. Había traído como séquito algunos de sus guardias, su servidumbre africana, y también su harén, misterioso y repleto.

En el Madrid castizo, católico, mojigato y chismorreo de hace casi cinco lustros, la presencia de Muley Hafid causaba expectación. El moro obeso y barbado, pese a su traje a la europea, no podía circular por nuestras calles sin arrastrar una «cola» de papanatas. Muley Hafid andaba majestuosamente, con lentitud obligada por su obesidad, a la que combatía con madrugadores paseos en bicicleta por las avenidas del Retiro. El presunto harén de Muley Hafid en pleno barrio de Salamanca era el motivo principal de su popularidad. Víctor Hugo decía que «la multitud se extasía contemplando una pared tras de la cual supone que está ocurriendo algo». Es verdad. En aquella época había desocupados que rondaban el hotel de la calle de Velázquez con el pueril afán de divisar por un ventanal o una rendija las pretendidas suntuosidades del harén del moro célebre.

Pronto Muley Hafid fué un personaje familiar en la ciudad. Se le veía en los toros y en las carreras de caballos, donde apostaba fuerte. Y, sobre todo, en los palcos de los teatros donde actuaban las entonces estrellas del género frívolo.

Muley Hafid, cauto, egoísta, que había sabido sacrificar a su comodidad las responsabilidades y preocupa-



↑
Muley Hafid, europeizado ya, pasea por las calles de París

←
Cuando Muley Hafid era sultán en Marruecos y no había cambiado aún su trono por una pensión en Europa...

ciones del trono, fué en seguida preso del encanto de las mujeres de piel blanca.

Las artistas coruscantes de joyas y canciones, las hembras decorativas que no eran de su raza, ejercieron en el espíritu y en la sensualidad del moro indolente una sugestión profunda. Muley Hafid tenía la obsesión de hacerse simpático, de hacerse perdonar su claudicación interesada, su renuncia sin gallardía al trono de su raza. Tenía vagas ínfulas intelectuales y un gran amor a la *réclame*, a cuanto contribuyera a darle popularidad. Cultivó la amistad de escritores y periodistas. Le hicieron muchos artículos y se prestaba fácilmente a la entrevista.

El creía corresponder a estas deferencias haciendo pequeños regalos. En aquel Madrid pobretón y un poco ingenuo cundían estas dádivas como rasgos de Mecenas. Hasta se promovió un pequeño escándalo periodístico, y se acusó a escritores renombrados de estar «vendidos al oro del sultán».

Luego resultó que todas las generosidades del personaje consistían en obsequiar con modestos relojes de plata a los pobres reporteros que sacaban columnas de prosa

laudatoria.

Pero en donde era más cierta la influencia del ex sultán fué en los medios seudogalantes: en los camerinos de las estrellas de *variétés* y en las lonjas clandestinas del amor mercenario.

Muley Hafid desdeñó pronto su harén, de africanas color de ámbar tostado y bellas hebreas de enormes adiposidades, por la vida sedentaria.

Pizpiretas sacerdotisas de Talía lucieron diamantes salvados del tesoro imperial; celestinas y amigotes hicieron pingües tráficos siniestros a costa del sultán. Alguno de estos negros tráficos tuvieron su eco en los Juzgados de Guardia: modistillas engañadas, menores en secuestro.

Pero en el Madrid de entonces un personaje tenía derecho a todo.

Una red de influencias y sobornos maniataba a la Justicia; el dinero lubricaba toda la maquinaria estatal. El ex sultán vicioso pudo así pensar que Madrid era un gigantesco harén.

Un día, hastiado, acaso amargado por turbias explotaciones, Muley Hafid se fué a Francia. Quedó tras él un reguero de reclamaciones, de deudas, de asuntos turbios... El tiempo y la influencia acallaron el escándalo. Muley Hafid, el moro gordo, sensual y linfático, el hombre que nacido para emperador no tuvo imperio ni sobre sí mismo, ha muerto obscuramente en París, la ciudad albergue último y tolerante de todos los aventureros del mundo. Sólo por el hecho de nacer cerca de un trono ha tenido en este mundo el basto paraíso sensual que su credo reserva para el otro a los elegidos del Profeta. Vida viciosa y estéril, ni su pueblo ni los extraños le deben nada.

Que la tierra le sea leve.

JUAN FERRAGUT

NOTICIARIO DEL MUNDO

Las Agencias distribuidoras anuncian el reportaje cinematográfico que, a juicio de las Casas productoras de Hollywood, la Meca del film, resumen los seis acontecimientos más sensacionales del año 1936.

Son éstos, según los distribuidores de noticias cinematográficas: la muerte del rey Jorge V de Inglaterra, la abdicación de su hijo Eduardo VIII, la reelección del presidente Roosevelt, el Congreso Panamericano de Buenos Aires, la ejecución de Bruno Hauptmann, el secuestrador del hijo de Lindbergh, y la explosión de minas bajo el Alcázar de Toledo.

Dos sucesos que afectan a la realeza ocupan los primeros planos del sensacionalismo universal. La muerte de Jorge V, el rey de la barba de ceniza y la sonrisa triste, el que llevaba sobre su alma la amargura de haber sido uno de los primeros actores en la formidable tragedia que convulsionó durante cuatro años al mundo; Inglaterra, su reino, se portó bien en la guerra europea.

Acaso pudo evitarla, según se dice en el obscuro lenguaje de las Cancillerías. Pero Jorge V, como Inglaterra, era siempre premioso, frío, y, por atento a los intereses materiales de su Imperio, acaso descuidó entonces los intereses morales, que son, en definitiva, los que rigen el futuro de los pueblos. ¿La Historia se repite? Sí. Fatalmente, sí. La Inglaterra de hoy, cauta, excesivamente prudente, tal vez está por esto—en el caso de la guerra española—preparando, sin querer, con su cautela, con su tímida política de la no intervención y el control, una nueva tragedia universal.

Eduardo VIII, flor de un día. El famoso príncipe de Gales no había nacido para rey. Su abdicación no ha sido una sorpresa. El príncipe célibe, deportista y frívolo, tenía que sentir el temor de la enorme responsabilidad que con el trono de Inglaterra caía sobre sus hombros. La señora Simpson acaso no ha sido sino un pretexto. Eduardo VIII no era, no fué nunca, un romántico capaz de renunciar a un trono por amor a una mujer. La mujer es el trampolín para dar el salto a su comodidad burguesa un hombre que por sus costumbres, por su carácter, por su vida se considera noblemente a sí mismo incapaz de regir a un gran pueblo.

Roosevelt, el presidente inválido, optimista, sonriente; el nieto del gran ciudadano político y cazador de fieras, ocupa otra vez la más alta magistratura de los Estados Unidos.

Roosevelt encarna el sentido práctico anglosajón. Ni sueña despotismos, ni se alucina de nivelaciones democráticas. Es, como el personaje de la mejor novela de su tiempo y de su país—Babbalanza—, un americano cien por cien.

Sabe lo que quiere y por qué lo quiere. El tipo del yanque medio, fuerte físicamente, negociante, vagamente demócrata, dinámico y orador, está encarnado en él.

El Congreso Panamericano, pese a su enorme concurrencia humana, no es sino una tardía, romántica expresión del monroísmo clásico. «América para los americanos» ya no es sino una frase vieja. Por mucho que se aisle en su egoísmo productor, en su potencia fabril y comercial, América no podrá permanecer ajena al resto del mundo. Como en 1914, en la guerra que cada día se hace más inminente para el mundo, América tendrá que tomar partido. Y hacerla y sufrirla como el resto de los humanos.

—¿Qué importancia tiene la muerte de un hombre cuando tantos millares de hombres perecen a diario? Bruno Hauptmann, el secuestrador del niño de Lindbergh, es el protagonista del gran folletín de nuestra época. La silla eléctrica ha acabado con la vida del personaje que no siendo, en último caso, sino un criminal vulgar, gangster sin influencia y poco diestro, ha sido capaz de mantener despierta la curiosidad del mundo durante tres años.

Minas bajo el Alcázar de Toledo. Episodio de la guerra española. El hecho más grave, hondo y seguramente el más fecundo en enseñanzas de nuestra época.

Dolorosamente, España, nuestra Patria, es, hasta para los noticiarios cinematográficos, el «suceso» más sensacional del año.

El pueblo que lucha desesperadamente por su independencia es la advertencia más cruda, la voz de alarma para todos los pueblos que aman su libertad. España, víctima de traiciones íntimas y de ambiciones extrañas, reclama la atención del mundo con su lucha patética. Que oiga esa voz quien pueda y la atienda quien quiera. Y quien sea ciego y sordo a esas llamadas, que espere trágicamente la experiencia inevitable de su propio dolor. España, rebelde y mártir, llama a las puertas del mundo.

Quien no responda con amor, con solidaridad, a su llamamiento tinto en sangre de hoy, que se apreste para ser víctima mañana de la misma trágica experiencia. España es hoy una llama y una antorcha. El pueblo que por ésta no se sienta iluminado, será por aquélla incinerado.

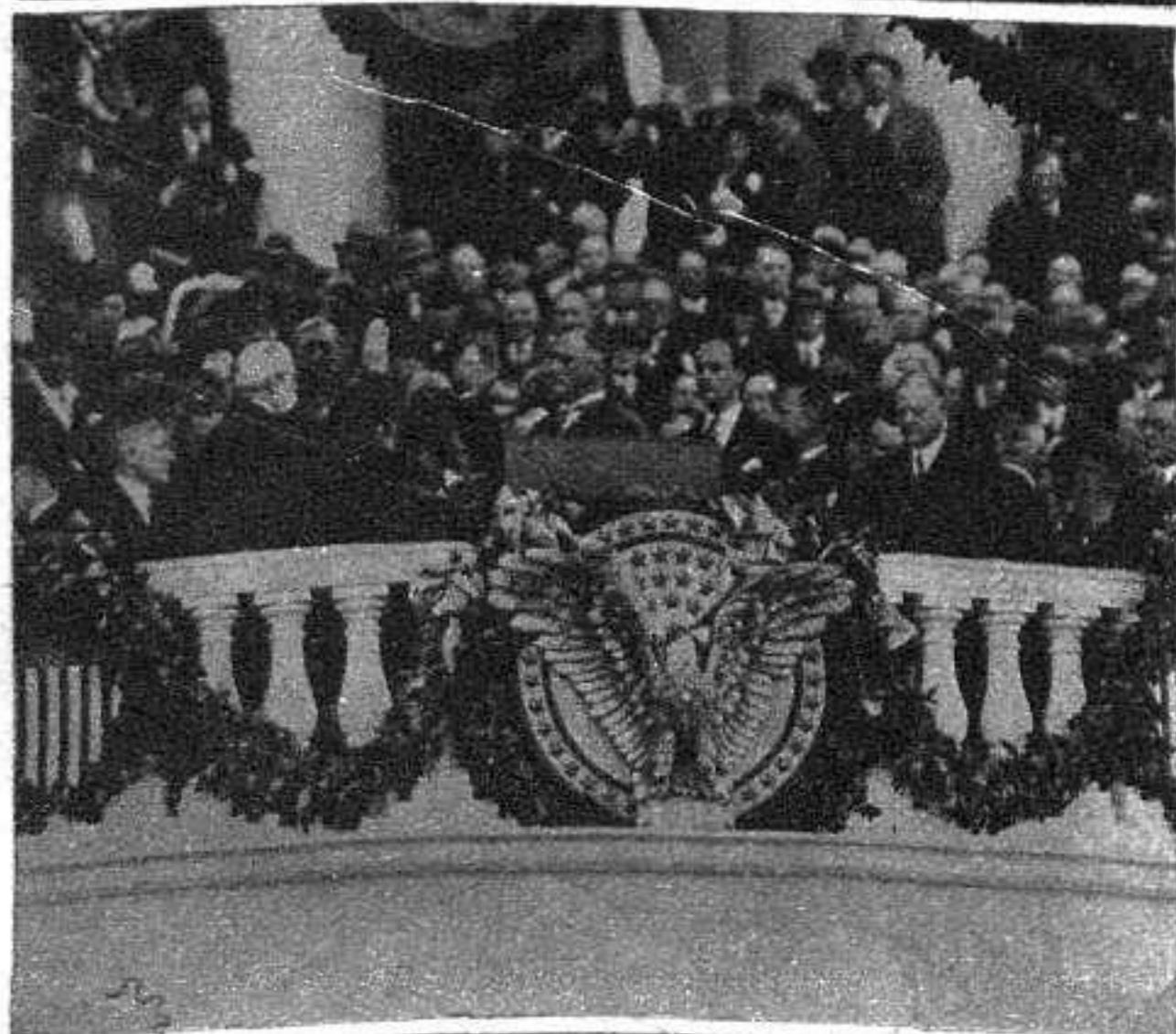
LOS 6 TEMAS SENSACIONALES DEL AÑO 1936



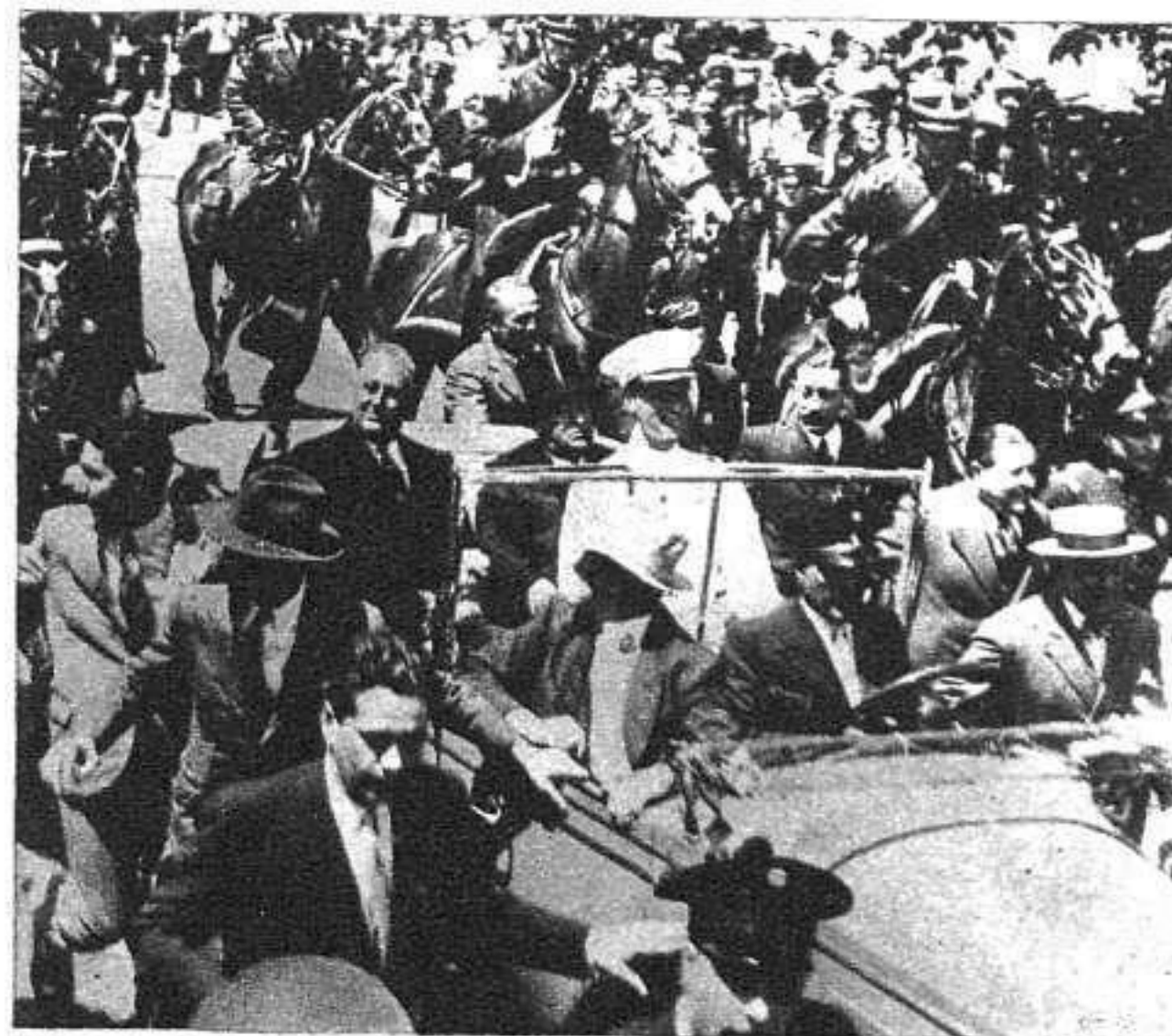
El entierro del rey Jorge V por las calles de Inglaterra



Eduardo VIII ha abdicado, y es ya sólo el duque de Windsor



El juramento de Roosevelt, después de su elección para presidente de los Estados Unidos



Roosevelt y el presidente de la Argentina se dirigen a abrir el Congreso Panamericano de Buenos Aires



Hauptmann sale de su celda camino de la silla eléctrica



El Alcázar de Toledo en los días en que era sitiado por las fuerzas del Gobierno

Palacio de la MUSICA

Gran éxito de
ALBERT PRÉJEAN

en



*Se acabó
la crisis*

Una vez más
triunfa con su
arte e irresistible
simpatía en esta deliciosa
opereta

(RIGUROSO ESTRENO)

CAPITOL

El último film sensacional de

CHARLOT

El hombre que ha hecho
reír al mundo entero, en la
película de ambiente social

TIEMPOS MODERNOS

No es una película más
de

CHARLIE CHAPLIN,
sino su creación más
extraordinaria y genial



PAUSAS DEL COMBATE

En el interior del cuartel, a poca distancia de las líneas enemigas, los combatientes aprovechan los descansos leyendo o escribiendo (Fot. Piortiz)

Pájaros engañosos

Los pájaros emigrantes y los gorriones de la Defensa de Madrid

DECORAN el cielo de Madrid en estos días primaverales. ¿Son avutardas? ¿Son alcotanes? El pueblo, que no entiende de ornitología, les llama aviones. Aparecen por parejas o, a lo más, de tres en tres. Su vuelo es pausado, sereno, alto. Sus grandes alas se mantienen mucho tiempo rígidas, inmóviles. Se deslizan planeando con una serenidad mecánica, complaciéndose en lentos giros majestuosos. La curiosidad popular, exacerbada por la guerra, los distingue en seguida. Se ven muy altos, tan semejantes en la distancia a una escuadrilla de aparatos negros, que, pese a no escucharse el zumbido de los motores, posiblemente absorbido por el ruido de la ciudad, la gente exclama: «¡Ya están ahí!»

Y en las aceras y en el centro del arroyo se forman corros observadores, que siguen afanosos el vuelo rítmico, las evoluciones ceremoniosas de los supuestos aviones. Mas de pronto, un giro más rápido, un gracioso y veloz palpito de alas, deshace el error. No son aviones enemigos; son grandes pájaros, emigrantes de la primavera, huéspedes extraños del cielo de Madrid.

Son de especie no conocida por el ciudadano. La primavera, este año como todos, los guiaba hacia la castellana meseta, de donde las primeras ventiscas otoñales les llevaron. Pero ellos venían hacia los encinares prósperos de El Pardo, hacia los jarales de la Fuenfría y los pinos de Balsain, hacia los canchales serranos donde cantan ya las linfas del deshielo y empiezan a expandir su tónica fragancia tomillos y cantuesos.

Y se han encontrado con la guerra. Al igual que las estilizadas cigüeñas han buscado inútilmente sus nidos en los campanarios de la llanura, estos pájaros no han encontrado entre las barrancas y crestas serranas la paz georgica, la serenidad perfumada con que la Naturaleza antaño los acogía.

Allí está la guerra; retumban los valles con los estampidos del cañón y trazan las balas en el aire sus mortales parábolas.

Y he ahí al enjambre volátil desorientado; no puede buscar tranquilamente su alimento entre las pequeñas alimañas de los pedregales, ni bajar a beber en los claros cristales de los regatos. La guerra ha cambiado la fisonomía del campo; lo tiene febril bajo el vuelo mortífero de otras aves de acero y el estrépito terreno de las máquinas bélicas.

Y las aves, despistadas, acaso hambrientas, rondan sobre la ciudad. No pueden volver sobre su ruta hacia las tierras que les sirvieron de abrigo durante el invierno castellano. Ellas obedecen a su ley, esclavas de su condición emigratoria, y no pueden violentar el destino de su naturaleza. Como tantas familias del campo, de los pueblos labriegos, ellas también han venido en busca del cobijo de la ciudad, huyendo del horror de la guerra.

Pájaros engañosos que decoran nuestro cielo, confundiendo al vulgo con su apariencia de negros aviones.

Hasta a ellos alcanza la ley inexorable de la guerra, que a todos impone sacrificios. Lo mismo que a los curiosos madrileños, su aparición habrá producido inquietud a los pequeños pájaros ciudadanos, a las nubes de gorriones y pitines que, hijos de la ciudad, nativos de nuestros jardines, huéspedes constantes de nuestras arboledas, no la han abandonado en todo el invierno.

Si es cierto, con la doctrina budista, que nada de lo que existe está desprovisto de espíritu, sería de admirar las sensaciones que en los pequeños pájaros urbanos, en el gorrión auténticamente madrileño, pillete saltarán de nuestros paseos, *Gavroche* de nuestro arroyo, habrá producido la aparición de esos grandes pájaros trashumantes y hambrientos.

Equiparemos hiperbólicamente al volátil con el hombre. El que se quedó en Madrid soportando estoicamente todos los azares de la guerra, compartiendo los dolores de la ciudad, defendiéndola, sintiéndola como suya... Y el que a las primeras ráfagas de la tempestad invernal marchó lejos, a climas benignos y cómodos.

El gorrión madrileño es hermano del miliciano guerrillero y del obrero de retaguardia, que no flaquearon ni en la lucha ni en el trabajo. Tienen ya avalado su título cívico para disputárselo a todos los que sintieron por naturaleza o por prudencia el afán emigratorio.

Ante esos pájaros engañosos que semejan aparatos de muerte, el gorrión madrileño, *Gavroche* gracioso, plebeyo y magnífico pillete del aire, reivindica su título ciudadano. Vivió el duro invierno con nosotros, saltando entre las ramas desnudas y piando en los jardines ateridos, bajando audazmente al arroyo a recoger entre la podre sus migajas. Sobrio, demócrata y valeroso, no emigró porque sonaba el cañón y la pitanza era escasa. Saltó entre las balas e hizo esguinces graciosos a la metralla. De-

clarémosle benemérito de la ciudad, con más derecho que ninguno a hacer ahora otra vez su nidal bajo los aleros de nuestros tejados y a convertir en tálamo las copas que empiezan a tener hojas de los árboles madrileños.

La ciudad es suya, y él es y fué de la ciudad. No tuvo miedo ni egoísmo. Madrileño de raza. Vivió sin queja entre las ramas desnudas y voló sin pavor bajo la metralla. Plebeyo y leal, acompañó al pueblo en las horas más duras, porque, como él, era sobrio, sufrido y alegre...

Y como el pueblo verá premiada su epopeya con la desaparición definitiva de los negros pájaros de acero que le traían la muerte, el gorrión madrileño verá pronto también huir de nuestro cielo a esos pájaros negros, que representan la rutina cómoda, el egoísmo trashumante, el miedo a todo dolor y todo sacrificio. Una aurora de paz y de triunfo traerá canciones y flores para los que, firmes en su puesto, hayan sabido esperarla y merecerla.

J. F.

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

TAQUIGRAFIA, por Martín Exalta. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA - PARALISIS -

Angina de pecho, Voz prematura y demás enfermedades originadas por la Arterioesclerosis e Hipertensión

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rama o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), inodora, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando **Ruol**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

Conservas TREVIANO

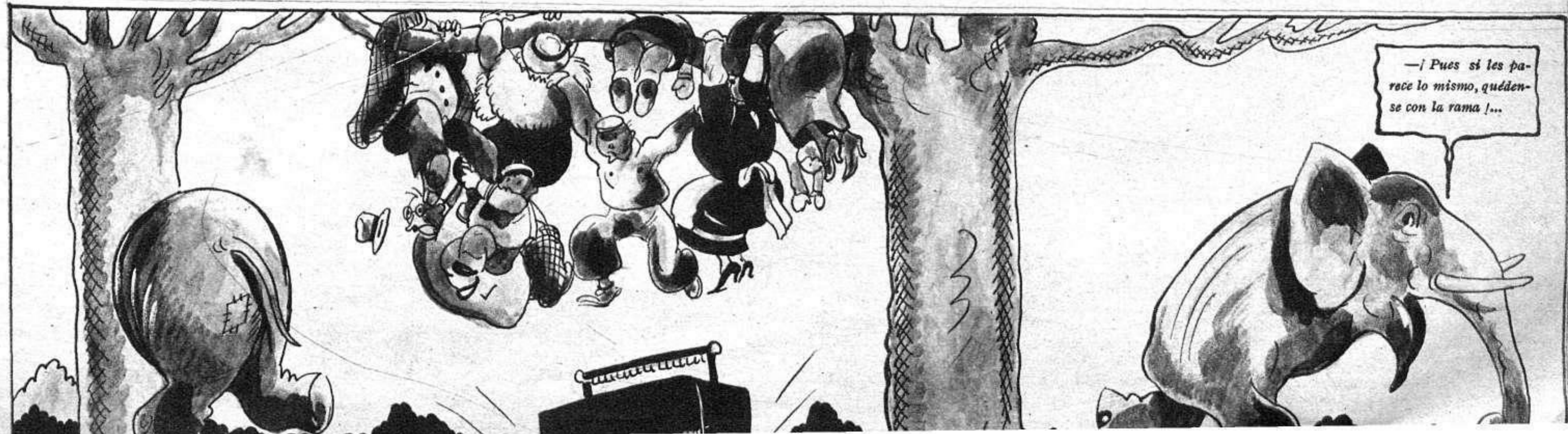
Los hombres del frente

La hora amable: el reparto del rancho después de las fatigas de la lucha, en uno de los sectores del frente de Madrid

(Fot. Vide)



LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLLO





EL CONGRESO DE LAS JUVENTUDES MADRILEÑAS

Arriba: La tribuna del Ateneo de Madrid durante el acto inaugural del Congreso de las Juventudes madrileñas.—Abajo, en el círculo: Arconada, presidente de las Juventudes, hablando en el acto de clausura.—Abajo, a la derecha: El teniente José Alcalá Castillo, hijo del ex Presidente de la República, saludando al terminar el Congreso de las Juventudes (Fots. Díaz Casariego)

